



Deuteronomio 11, 18-21: Tu Palabra sobre mí y en mí

Poned estas palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, atadlas a vuestra mano como una señal, y sean como una insignia entre vuestros ojos. Enseñádselas a vuestros hijos, hablando de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado. Las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas, para que vuestros días y los días de vuestros hijos en la tierra que Yahveh juró dar a vuestros padres sean tan numerosos como los días del cielo sobre la tierra.

(Deuteronomio 11, 18-21)

Palabra es uno de los términos más esenciales de la fe hebrea. Dios crea por medio de su palabra: “Por la palabra de Yahveh fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca toda su mesnada.[...] Pues él habló y fue así, mandó él y se hizo.” (Salmo 33, 6-9). Cuando Dios habla, hace algo nuevo; da la vida y esa vida llega por medio de dos mensajeros”: la palabra y el aliento, *davar* y *ruahen* hebreo. Sus palabras traen la vida porque estructuran el mundo e impiden que se desmorone. Igual que las constantes de la física moderna trabajan juntas de manera que las diferentes fuerzas (nuclear, gravitatoria) no se cancelen entre sí, sino que actúen en un equilibrio indispensable para la vida, las palabras del Señor son Ley, son rectas (Salmo 19), con el fin de hacer del mundo un lugar habitable. En hebreo, los diez mandamientos se conocen como las Diez Palabras.

Así pues, guardar las palabras de Dios significa unirmos a su voluntad creadora. Supone redescubrir sus “maravillas” (Salmo 136), las que hicieron salir a su pueblo de la esclavitud. Y ahora que Israel ha llegado a su destino, el libro del Deuteronomio relee la experiencia de atravesar el desierto y exhorta al pueblo a ser humilde y vigilante. “Recuerda de dónde vienes” parece ser uno de los leitmotivs de este libro: eres lo que eres sólo porque Dios lo ha hecho posible. En la misma línea, Pablo dirá más tarde: “¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?” (1 Corintios 4, 7). Guardar la palabra de Dios significa, pues, recordar que nuestra vida ha sido posible gracias a un don. Nunca debemos olvidar esta generosidad, y esa es la razón por la que deberíamos escribirla sobre nuestra frente, nuestro brazo, nuestro corazón, nuestra alma, nuestra puerta.

Los creyentes judíos están rodeados, envueltos en las palabras de su Creador: su inteligencia (frente), su fuerza (brazo), sus pensamientos (corazón), su personalidad (alma), su intimidad (puertas), todo queda cubierto por la memoria del don de la vida. Pablo dirá lo mismo cuando exhorte a los discípulos de Jesús de manera similar: “Revestíos del Señor Jesucristo” (Romanos 13, 14). Esto es porque Jesús es en sí mismo la Palabra que viene al mundo (Juan 1). En el Nuevo Testamento, la Palabra penetra en los creyentes de tal modo que el mismo Dios habita en ellos: “Si guardáis mis mandamientos (mis palabras), permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15, 10). Dejar que Dios vaya poco a poco ocupando su lugar como Dios en nosotros, permitir que su llamada a la vida resuene en nosotros, dejarle espacio para expresar su poder creador y vertebrador: ésa es la noble función de la oración.

- Recordar lo que hemos recibido: esa llamada, expresada a lo largo del libro del Deuteronomio, ¿cómo puede expresarse también en mi vida?
- ¿Por medio de qué signos concretos puedo expresar la importancia de Dios y su Palabra en el entorno en el que vivo? ¿Y en mi agenda?

Santo Domingo Tandil